

*Dios mío, ... dignate concedernos tu paz...
que nos una estrechamente...
para que seamos uno,
como tú eres Uno,
con el Padre y el Espíritu Santo.
¡Amén!*

**MUY FELIZ FIESTA
DE SAN MIGUEL GARICOÏTS**



Nef

2026
Mayo

Nouvelles En Famille



Societas Sacratissimi
Cordis Jesu

Beñaran



**La paz en nuestros
corazones**

En este número

Que la paz de Cristo reine en sus corazones - P. Eduardo Gustavo Agín, Superior General	PÁG. 3
“El que venció a la muerte...” - Papa León XIV	PÁG. 7
Shalom-Eirene - Paz - P. Pietro Felet sc	PÁG. 8
El más profundo deseo de paz en tiempos de guerra – la situación - P. Stervin Selvadass scj	PÁG. 9
Artesanos de paz, unidos y solidarios - Novicios del Noviciado Interregional “San José”	PÁG. 10
Huida a Egipto - P. Austin Hughes scj	PÁG. 13
Con San Miguel Garicoïts construimos la Civilización del amor - P. Gaspar Fernández Pérez scj	PÁG. 16
Oración por la Paz - P. Laurent Bacho scj	PÁG. 20
Sonríe: estás llevando paz en la tierra - P. Jacob Biso Puliampally scj	PÁG. 22
† P. Mario COLOMBO scj - P. Piero Trameri scj	PÁG. 24
Decisiones e informaciones - Consejo General	PÁG. 27
Vida de las Regiones - Primeros votos	PÁG. 28
Desde el frente de la Segunda Guerra Mundial - Roberto Cornara y redacción	PÁG. 29

Casa Generalicia

Via Angelo Brunetti, 27
00186 Roma
Teléfono +39 06 320 70 96
E-mail scj.generalate@gmail.com

las enfermeras transformaron la casa en un hospital: pintaron puertas y ventanas, adaptaron los espacios interiores y pulieron los suelos. Camiones militares transportaban continuamente ropa de cama desde el cuartel de Bernadotte en Pau. Así, en pocas semanas, el hospital estaba listo para funcionar.

Pero el curso de los acontecimientos retrasó su uso. Al comienzo del invierno, el Mayor, los farmacéuticos, los oficiales y las enfermeras se marcharon uno tras otro. Solo quedaron tres hombres: un sargento y dos soldados, encargados de custodiar y cuidar las salas y los suministros. Durante unos meses, tres misioneros incluso pudieron ocupar algunas habitaciones en el tercer piso. El hospital permaneció silencioso y tranquilo. Solo el sonar ocasional del teléfono, las llamadas del sargento y el canto de las enfermeras daban a aquel inmenso edificio una apariencia de vida.

Con la llegada de mayo y la ofensiva relámpago contra Francia, médicos y enfermeras volvieron a ocupar la casa y recibieron a los primeros heridos, la mayoría de los cuales habían sido evacuados de hospitales cercanos al frente. Durante casi dos meses, nuestros patios y la zona que rodea el santuario estuvieron llenos de soldados: lisiados que se apoyaban en bastones, heridas con vendajes blancos en la cara, brazos entablillados, pero sobre todo, convalecientes y anémicos que venían a recuperarse. El hospital llegó a albergar

hasta 150 pacientes.

Ante esta afluencia de soldados, se organizó una misa para ellos todos los domingos a las 9:30 de la mañana, durante la cual predicaba el padre Bordachar. A principios de agosto, la recuperación progresiva de los heridos y la desmovilización dejaron solo unos pocos pacientes en Betharram, que pronto fueron trasladados a Lourdes. La casa nos fue devuelta. El hospital complementario no había durado ni un año.

Nos complació observar que oficiales y soldados se habían encariñado con Betharram desde el principio. El lugar los conmovía. El médico jefe, el Dr. Germain, no pudo contener la emoción al marcharse. Desde el principio, había sido amigo de la casa; se preocupaba tanto por nuestros enfermos como por sus heridos, visitándolos a menudo y ofreciéndoles consejos. Se le veía frecuentemente sentado junto al padre Lassalle. No siempre hablaban de medicina, sino más bien del folclore regional, del que era un ferviente admirador. Las antiguas tradiciones de nuestro país, las fiestas y, sobre todo, las costumbres vascas, no tenían un admirador más elocuente. El doctor Germain nos prometió que volvería. Lo volvimos a ver, como se vuelve a ver, con gratitud, a quien tanto le debemos.

Betharram parecía haber concluido su papel militar. Pero los que fueron hospedados durante la guerra conservaron su recuerdo por mucho tiempo. ■

El P. Jean Oyhénart, desaparecido (mayo de 1940)

¿Qué habría sido de él, el compañero inseparable del P. Buzy, recientemente ordenado sacerdote, y con su obediencia para ir a China?

El 12 de mayo, día de Pentecostés, escribió una postal desde Bélgica al reverendo padre Larramendy:

«Le escribo aún algo conmovido por el bombardeo de hoy... Como todos nuestros hermanos, estoy en peligro... si me sucediera algo, dirán cuánto amaba Betharram...»

Hospital Complementario (agosto de 1940)

En los últimos días de agosto, un ajetreo inusual inunda nuestros patios y pasillos. Aquí, los soldados cargan camas o colchones; más lejos, los niños pasan cargados de libros; por todas partes, los padres van y vienen, cubiertos de polvo.

La palabra está en boca de todos: «Nos mudamos»... Es decir, los misioneros y seminaristas regresan a su hogar. El hospital complementario acaba de cerrar sus puertas.

Lo recordamos bien: la gran casa fue requisada al comienzo de las hostilidades para transformarla en un hospital militar.

Intentamos inutilmente reservar algunas habitaciones soleadas para nuestros padres ancianos y nuestros enfermos. Fue un esfuerzo inútil. Tuvimos que evacuar el edificio por completo y trasladar la cocina y el refectorio al sótano, que se utilizaba como museo. Durante un mes y medio, equipos de voluntarios trabajaron sin cesar, con los padres Raul Méda y Antonio Pérez, recién ordenados sacerdotes, desempeñando el papel más activo.

Mientras nos acomodábamos lo mejor que podíamos en el antiguo monasterio,



El padre Jean Oyhénart, SCJ, dado por desaparecido, finalmente regresó del frente con un brazo amputado.

Que la paz de Cristo reine en sus corazones

“Traten de conservar la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz.” (Ef. 4,3)

Queridos betharramitas:

La búsqueda incesante de la Paz, de la unidad y de la solidaridad representa hoy una de las aspiraciones más genuinas de un betharramita. Ella hace parte del núcleo de nuestro carisma, que tiene al Sagrado Corazón de Jesús, príncipe de la Paz, como modelo.

Nuestro fundador fue un infatigable apóstol de la Paz en los corazones. Nos enseñó a construirla siendo fieles a la Voluntad de Dios. Nos pidió que rezáramos a diario pidiendo esa Paz. Solidario con su tiempo, él mismo se entregó a la Iglesia para combatir el espíritu de desunión e insubordinación que pretendía reinar en la Francia post-revolucionaria. Quiso que fuéramos hombres de Paz, anonadados y obedientes por amor.

La segunda lectura de la misa de San Miguel Garicoits que leemos cada año, evoca su ferviente anhelo:

“...Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias...” (Col 3, 14-15).

Trabajar por construir la paz en la comunidad, he ahí la tarea. Que reine la Paz



significará no renunciar nunca a vivir en comunión con todos los hermanos, incluso con “ése” y con “aquél”... Esa actitud permanente que San Miguel quería es el fruto de un corazón sincero, humilde, reconciliado y agradecido, en el que se le “da paso al Corazón de Jesús” para que reine por encima de toda diferencia generacional, cultural, etc.

La Paz de Cristo, testimoniada en comunidad, se vuelve *profética* en un mundo dividido por la discordia sistémica. Hoy se nos enseña a poner por delante el yo, nuestra “sagrada autonomía”, nuestra individualidad, nuestro proyecto personal. Pero esa doctrina no prepara el camino del encuentro, no es eficaz para construir la Paz, porque en realidad nos coloca en el centro de la escena: a veces para interpretar al “príncipe” y otras para “victimizarnos”. Obrando así no vivimos “despojados de todo”, “entregados a todos los querer del Padre” (SMG).

Hoy, en nuestras comunidades, crece una rica diversidad. Una presencia policromática, que nos invita a caminar con los hermanos, con sus límites y dones personales, dejando una huella común, una misma identidad trazada con rasgos culturales diversos.

Vivir como betharramita en el siglo XXI implica aceptarse como uno es y aceptar las diferencias que tengo con los demás sin renunciar a vivir en comunión. Es sobre todo *renunciar a devolver mal por mal o insulto por insulto* (1 Pe 3, 9), aunque mi hermano me haya incluso ofendido o lesionado mi dignidad. ¿Cómo podríamos juzgarnos y condenarnos unos a otros, cuando fuimos llamados a revestirnos del amor de Cristo que entregó su sangre por nosotros? ¿Cómo podríamos dejarnos arrastrar por el rencor, cuando San Miguel nos ha llamado a consagrarnos por amor: siempre contentos, constantes y sumisos?

El llamado a ser artesanos de la Paz y de unidad no es un refrán de ocasión o facultativo. Es *una tarea esencial* que no puede ser ignorada por ningún betharramita, ni abandonada a la subjetividad, ni edulcorada por “razones razonables”.

Este llamado esencial aparece claramente en nuestras constituciones:

Si bien puede llamar la atención que la palabra “**paz**” aparezca explícitamente una sola vez en el contexto de la vida fraterna en comunidad, su puesto es central, está en la oración inicial del capítulo V (y fue compuesta por el mismo San Miguel Garicoits):

Desde el frente

de la Segunda Guerra Mundial

Parecería que la guerra, llegar a matarnos entre nosotros, hace parte de la naturaleza humana, algo casi inevitable. Lo vemos claramente en nuestro tiempo. De este triste aspecto de la naturaleza humana, Betharram también debió pagar un alto precio. Muchos betharramitas se unieron al combate para defender su patria o sus creencias, ya sea por elección personal o forzados por las leyes vigentes, sobre todo en la primera mitad del siglo XX. Y como la guerra no es un juego, algunos incluso sacrificaron sus vidas...

Durante la Segunda Guerra Mundial, la NEF siguió de cerca a estos religiosos, publicando a menudo extractos de sus cartas, siguiendo su destino y, frecuentemente, su encarcelamiento, o relatando los últimos momentos de sus vidas al servicio de Dios. Porque ese era su objetivo principal, como escribió el P. Romain Saubatte scj, en 1915, poco antes de su muerte en el frente: «Parto como sacerdote, no como quien va dispuesto a matar...» ... ■ Roberto Cornara

A continuación, la redacción ofrece algunos extractos de NEF de ese período:

De una carta del P. Joseph Bur, fechada el 13 de mayo de 1940:

(...) Aviones día y noche; bombardeos lejanos o cercanos que hacen vibrar las ventanas. Hasta ahora, el peligro se había mantenido bastante lejos de nosotros. Ayer por la mañana, mientras abandonábamos la zona para replegarnos tras el Mosa, nuestro convoy fue sobrevolado a menos de cien metros por once bombarderos que respetaron a la Cruz Roja. Pero una de nuestras ambulancias, que se

había acercado a las líneas, recibió dos impactos directos de un cañón de 27 mm, disparado a quemarropa desde detrás de una casa. Los tres ocupantes resultaron heridos de diversa gravedad.

Otro espectáculo desolador: el incesante y trágico éxodo de esas personas que huían a pie, en carretas tiradas por caballos, llevando consigo apenas un colchón y algunas pertenencias personales. En la carretera Namur-Cambrai, había un flujo constante e intenso.

Región Santa María de Jesús Crucificado



INDIA |

El **Hno. Jijoe Antony Kurusu scj** pronunció los primeros votos en la Congregación el pasado 8 de mayo en Bangalore.

Fr. Jijoe nació el 8 de agosto de 1997 en el estado indio de Tamil Nadu.

Hizo el noviciado en el Noviciado Interregional “San José” de Belén. Por el segundo año canónico, llegó a la comunidad betharramita de Hojai donde sirvió en *Don Bosco school*.

TAILANDIA-VIETNAM |

Mientras que **Fr. Luke Piyapol Rommaikajee scj** hizo la primera profesión en la Congregación el pasado 9 de mayo en Chiang Mai.

Fr. Piyapol nació en el pueblo de Maela (distrito de Mae Sariang, provincia de Mae Hong Son, Chiang Mai).

Él también hizo el noviciado en Belén, donde permaneció durante el segundo año canónico, siendo un apoyo para esta comunidad. También hizo su apostolado al servicio de las Casas de niños de Belén. Aprendió francés y estudió la correspondencia de S. Miguel Garicoits.



“Dios mío, no mires mi pecados, sino la Congregación que concibió y formó tu Sagrado Corazón. Dígnate concederle tu **Paz**, esa única **paz** que, según tu Voluntad, pueda **pacificarla** y unir estrechamente a todos los que la componen, entre sí con sus superiores y con tu Divino Corazón, para que **sean uno** como tú eres uno con tu Padre y el Espíritu Santo. Amén, fiat, hágase” (DS 237).

Esta oración está inspirada en el Evangelio: “Para que sean consumados (perfectos) en la unidad” (Jn 17, 23). **La paz**, más que un concepto repetido, es una realidad que brota de la comunión vivida en nuestras comunidades, en nuestras obras, en la Iglesia. **Es fruto de una vida reconciliada en Cristo, de relaciones sanadas, de una fraternidad que se construye desde dentro. La paz betharramita late y se vive.**

En las constituciones, la insistencia en **la unidad** es notable. La Regla la menciona en múltiples ocasiones, subrayando que no es un añadido, sino *un eje estructurante del carisma*. La Eucaristía (n. 8 y n. 82) aparece como *fuerza y culmen de esta unidad*: en ella los hermanos se reconocen un solo cuerpo en Cristo. No es casual que también se recuerde la oración de Jesús por la unidad (n. 70), situando así la vida comunitaria en el corazón mismo del deseo del Señor.

Esta unidad no es espontánea ni automática; requiere del cuidado, de la mediación y de la responsabilidad de quienes tienen el servicio de la autoridad—desde el superior local (n. 67) hasta el Superior General (n. 197)—. Su liderazgo se entiende como garante y promotor de la comunión.

También *las instancias sinodales de la Congregación*, tales como el Capítulo General (n. 180) o la organización en Regiones en el respeto por las diferencias culturales (n. 221), se presentan como *signos y herramientas al servicio de la unidad y de la caridad*.

Sin embargo, *la unidad betharramita no es uniformidad*. La Regla reconoce y valora la diversidad, especialmente en el ámbito de la formación (n. 137), donde se pone el acento en la experiencia de Dios más que en formar “betharramitas de molde”. Además se busca una síntesis armónica entre culturas, sabiendo que los valores trascendentes del evangelio son transculturales y transituacionales, y que deben ser encarnados e inculcados con la propia experiencia.

Por su parte, **la solidaridad** -aunque menos mencionada en la regla de vida- se

traduce en opciones concretas. Por ejemplo, *la solidaridad económica entre vicariatos* (Est. 20) expresa una fraternidad real que comparte los bienes; así como *la cercanía a los más pobres* (n. 52) y *el compromiso por una mayor justicia social en el mundo* (n. 53) sitúan la misión en el corazón de las heridas humanas, en el “lugar de todas las víctimas” (SMG), allí donde se ubicó Jesucristo, anonadado y obediente.

Así, la **solidaridad** no es un valor que va paralelo a la **unidad**, sino *su consecuencia natural*. Una comunidad verdaderamente unida no puede cerrarse sobre sí misma, sino que se abre, se da y se compromete con el hermano que sufre.

En un mundo en guerra y fragmentado, **que la Paz de Cristo reine en nuestros corazones**, de religiosos y laicos de Betharram. Aún y más allá de todas las miserias que descubrimos y de los obstáculos que nos rodean, asumamos este desafío del 2026 con coraje. Porque, en definitiva, *solo una comunidad que vive unida y solidaria puede convertirse en verdadera artesana de la paz*.

Les deseo una feliz fiesta de San Miguel Garicoits (14/5) y una evocación gozosa del V. P. Augusto Etchecopar (30/5).

Que Dios los bendiga:

P. Gustavo Agín scj
Superior General

PREGUNTAS PARA COMPARTIR EN COMUNIDAD:

1. ¿Se han dado últimamente situaciones de conflicto o de diferencias en la comunidad? ¿De qué manera las hemos encarado, aceptado o solucionado? ¿Hemos puesto cada uno su parte para que “reine la paz en los corazones”?
2. El texto insiste en que *la unidad es comunión en la diversidad*: ¿cómo vivimos nosotros esta diversidad (cultural, generacional, personal) y qué pasos podemos dar para fortalecer una unidad más auténticamente evangélica?
3. Compartimos que *la solidaridad es fruto de una verdadera comunión*, ¿cómo se expresa hoy en nuestra comunidad el compromiso con los más pobres y descartados, y por dónde podríamos empezar para ser más fieles a este llamado?

Decisiones del Superior General y de su Consejo General Reunión del 27 y 28 de abril de 2026

- **Región S.ta María de Jesús Crucificado**
 - [Vicariato de Tailandia-Vietnam]
 - **Admisión a la profesión perpetua del Hno. John Baptist N’GUYEN VAN Thang.**
 - **Presentación al presbiterio de los diáconos Anselm Prapas CHIWA-KITMANKONG y Peter DO VAN Hung.**
- Además, el Superior General, con el consentimiento de su Consejo reunido el 28 de abril, ha **concedido, en virtud del artículo 198 de la RdV, la dispensa del artículo n.o 227, autorizando al Superior Regional a no celebrar el Capítulo Regional Intermedio**, y reemplazarlo con un plan alternativo que se llevará a cabo en las diversas Asambleas de Vicariato.

personas que me fueron encomendadas; has purificado mis labios y mi corazón con el carbón ardiente del sufrimiento. Aquí estoy ahora contigo, iluminado por la luz de tu Rostro, acogido en tus brazos llenos de ternura y misericordia».

In memoriam

Italia | El 27 de abril, volvió a la casa del Padre, **Irene Belloni**, sobrina del P. Francesco Radaelli SCJ, Superior General Emérito y residente de la comunidad de San Michele en Albavilla.

Irene había formado parte de un grupo de laicos betharramitas y par-

Con nosotros se queda el recuerdo y el tesoro del testimonio de un amigo de toda la vida, que ya no está con nosotros... pero que ahora descansa en Dios e intercede por nosotros y nos acompaña siempre. ■

ticipó en diversos encuentros, algunos de ellos a nivel europeo.

Falleció a los 60 años, tras una larga enfermedad.

Nos mantenemos unidos en oración con nuestro hermano, el P. Francesco, y su familia. ■



Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz · 1^o gennaio 2026

El que venció a la muerte y derribó el muro que separaba a los seres humanos (cf. Ef 2,14) es el Buen Pastor, que da la vida por el rebaño y que tiene muchas ovejas que no son del redil (cf. Jn 10,11.16): Cristo, nuestra paz. Su presencia, su don, su victoria resplandecen en la perseverancia de muchos testigos, por medio de los cuales la obra de Dios continúa en el mundo, volviéndose incluso más perceptible y luminosa en la oscuridad de los tiempos.

El contraste entre las tinieblas y la luz, en efecto, no es sólo una imagen bíblica para describir el parto del que está naciendo un mundo nuevo; es una experiencia que nos atraviesa y nos sorprende según las pruebas que encontramos, en las circunstancias históricas en las que nos toca vivir. Ahora bien, ver la luz y creer en ella es necesario para no hundirse en la oscuridad. Se trata de una exigencia que los discípulos de Jesús están llamados a vivir de modo único y privilegiado, pero que, por muchos caminos, sabe abrirse paso en el corazón de cada ser humano. La paz existe, quiere habitar en nosotros, tiene el suave poder de iluminar y ensanchar la inteligencia, resiste a la violencia y la vence. La paz tiene el aliento de lo eterno; mientras al mal se le grita “basta”, a la paz se le susurra “para siempre”. En este horizonte nos ha introducido el Resucitado. [...] Lamentablemente lo contrario —es decir, olvidar la luz— es posible; entonces se pierde el realismo, cediendo a una representación parcial y distorsionada del mundo, bajo el signo de las tinieblas y del miedo. Hoy no son pocos los que llaman realistas a las narraciones carentes de esperanza, ciegas ante la belleza de los demás, que olvidan la gracia de Dios que trabaja siempre en los corazones humanos, aunque estén heridos por el pecado. San Agustín exhortaba a los cristianos a entablar una amistad indisoluble con la paz, para que, custodiándola en lo más íntimo de su espíritu, pudieran irradiar en torno a sí su luminoso calor. Él, dirigiéndose a su comunidad, escribía así: «*Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella, sed los primeros en poseerla y retenerla. Arda en vosotros lo que poseéis para encender a los demás*» (Sermón 357, 3).

La paz en nuestros corazones

Shalom-Eirene – Paz

P. Pietro Felet scj,
Comunidad de Sissa Trecasali

Nunca habíamos hablado tanto de paz, orado por ella y debatiendo en todos los niveles: político, social y religioso. El Papa León XIV intensificó sus llamadas a la paz, culminando en la vigilia del 11 de abril de 2026 y recordando el legado de *Pacem in Terris*. El mensaje de paz del Papa León XIV se basa en el concepto de una paz «desarmada y desarmante». La paz no se fundamenta en el miedo, las amenazas ni los armamentos, sino en la confianza mutua y el diálogo; no es una utopía, sino una elección concreta que requiere la voluntad de desarmar los corazones primero y, luego, la determinación de detener las guerras mediante gestos concretos de reconciliación. El diálogo interreligioso e intercultural también es el camino para lograr una paz justa y estable. La esperanza no debe ser vencida por un «falso realismo» que conduzca a la resignación ante tantos conflictos.

En 2026, existían aproximadamente

56 conflictos armados activos en todo el mundo. Estos focos de violencia involucran a más de 92 países y causan decenas de miles de muertes y más de 100 millones de desplazados. Esto genera una inestabilidad extrema en el panorama internacional, a menudo descrita como una «tercera guerra mundial por pedazos».

¿Seremos capaces alguna vez de definir nuestro objetivo y sentar bases sólidas para la paz? **La Biblia puede ayudarnos a ir más allá de la idea de que la paz no es simplemente la ausencia de guerra, sino algo mucho más profundo y vital:** intenciones, actitudes y decisiones para la coexistencia. La Biblia nos habla de la paz de diferentes maneras. Exploremos algunas de ellas y dejemos espacio para la interiorización personal y las decisiones concretas por la paz como forma de vida.

[...sigue en el Suplemento]



para todos nosotros y en un compromiso para cada uno .

El P. Mario se puso el delantal del servicio cuando más tarde fue llamado a servir como Ecónomo Provincial en Albiate y luego, en los últimos años, como administrador en Albavilla, la familia de los Padres ancianos, donde perfeccionó su habilidad para cuidar de las personas y del hogar, sin desdeñar jamás el trabajo manual si era necesario.

Hermanos, revístanse, como escogidos de Dios, santos y amados, de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia; soportándose unos a otros y perdonándose unos a otros si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor los perdonó, así también ustedes deben perdonarse. (cf. Col. 3:12-17)

Creo que el padre Mario verdaderamente vistió y se revestió con las vestiduras cada vez más nuevas y hermosas de estos sentimientos.

Quizás ustedes también hayan notado que, con la edad, se abren dos caminos ante cada uno: o bien aislarnos y amargarnos un poco, o bien, refinando nuestra actitud de servicio, aprender a ser más tiernos, comprensivos y misericordiosos.

El padre Mario tenía un carácter algo reservado, quizás debido a su timidez; a veces era demasiado directo, incluso

un poco hosco. Pero quienes siempre estuvimos cerca de él pudimos ver el trabajo que realizó en sí mismo, a la luz del Evangelio. Hemos podido descubrir, bajo una apariencia de dureza, la capacidad adquirida para manifestar gestos de una atención y delicadeza inimaginables. [...]

En sus últimos años, el padre Mario fue el director litúrgico de nuestra comunidad y, a pesar de que su voz estaba algo ronca por la edad, nunca dejó de cantar salmos, himnos y cantos espirituales para dar gracias al Señor. Este también fue un servicio precioso, apreciado por nosotros y por las comunidades religiosas donde ejerció su ministerio antes de que su enfermedad se lo impidiera.

Su ministerio, ejercido siempre con discreción, se manifestó más con su vida que con las palabras, con gestos concretos de cercanía a todos los que le eran queridos. [...] En la primera lectura, escuchamos el texto de Isaías, tan querido por nuestro Fundador, San Miguel Garicoïts, del cual extrajo el lema que marcó toda su vida: «*Aquí estoy, envíame. Aquí estoy, hágase tu voluntad*». Ahora, ante el trono de Dios, el P. Mario podrá decir: «*Aquí estoy, Señor. He intentado imitar a tu Hijo, lavando los pies como Él lo hizo, cuidando de las*

† P. Mario COLOMBO scj

Cornate d'Adda, 7 de octubre de 1947 • Como, 26 de abril de 2026 (Italia)

De la homilía del P. Piero Trameri scj, durante el funeral del P. Mario en Cornate d'Adda.

Nacido en Cornate d'Adda, ciudad que dejó hace casi 70 años, el P. Mario regresaba solo una vez al año para la fiesta del pueblo. Sentía un gran cariño por lo que él llamaba "mi pequeño pueblo". Muchos de ustedes quizás apenas lo recuerden al P. Mario.... Sin embargo, quisiera que su paso sea conocido y que permanezca como un precioso testimonio que hay que conservar y por el cual podemos dar gracias al Señor.

Siempre me gusta recordar en estas celebraciones... que el Señor nos confiaba a cada uno una misión específica, a cada uno la suya propia. No solo a sacerdotes y religiosas, sino a cada uno de nosotros. Y no solo una misión que cumplir, un testimonio que dar, sino sobre todo una forma de ser, un estilo único que vivir, que será una luz para quienes vean en él una particular cualidad evangélica realizada.

Y amó a los suyos que estaban en el mundo, y los amó hasta el fin. Y al levantarse de la cena, tomó una toalla y lavó los pies de sus discípulos, como hacían los siervos, y les dijo: "Les he dado ejemplo; hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes" (cf. Jn 13:1-15)



Esta es la tarea que Jesús nos encomendó a cada uno de nosotros, y que el Padre Mario comprendió bien, se lo aseguro, y puso en práctica durante toda su vida, sin proclamarlo, con pocas palabras, a veces en secreto, con discreción... durante muchos años en el Colegio del Sagrado Corazón de Cóllico, como administrador, atento a dinamizar el tiempo libre de los chicos, llevándolos a esquiar y a practicar deportes, cuidándose de que no faltara nada en la mesa, como un padre con sus propios hijos.

Servir con atención a quienes nos han sido confiados, en cada situación: ¡este es el testimonio más hermoso que nos deja el Padre Mario! Un testimonio que se convierte en motivo de reflexión



El más profundo deseo de paz en tiempos de guerra – la situación

P. Stervin Selvadass scj,
Belén

Tras asistir al Consejo de Congregación, los Padres regresaron con alegría a sus respectivas misiones el 27 de febrero de 2026, y en la mañana del 28 de febrero estalló la guerra entre Estados Unidos, Israel e Irán. Si bien nos sentimos inmensamente aliviados y agradecidos a Dios por la partida segura de nuestros Padres de Belén, la situación alteró drásticamente nuestra vida cotidiana. Nuestros novicios de Costa de Marfil y África Central ya conocían la realidad de la guerra por experiencia propia, mientras que para los de India, Tailandia y Vietnam, era algo completamente nuevo. Para los habitantes de

Tierra Santa, por supuesto, la guerra no era desconocida, pero estaban profundamente preocupados por sus consecuencias y los cambios que estaba provocando en su vida diaria.

Para todos nuestros novicios, los misiles representaban una realidad totalmente nueva. Observar sus cruces y violentas interceptaciones con explosiones ensordecedoras, junto con el constante sonido de las sirenas, nos mantuvo despiertos por las noches y trastocó nuestros planes diarios. También vimos metralla de misiles interceptados en las cercanías de Belén. Además, nuestra libertad de

movimiento y de viaje se vio limitada; el cierre de escuelas y comercios dejó la ciudad desierta; la reducción de la circulación debido a la escalada de violencia provocó escasez de verduras, gasolina y productos de primera necesidad, y todo lo que estaba disponible se vendía a precios exorbitantes. Incluso los Lugares Santos se vieron obligados a cerrar, y se nos pidió que conmemoráramos la Semana Santa en casa. La Cuaresma nos animó a intensificar nuestra oración por la PAZ, aumentando nuestra ESPERANZA y nuestro deseo de acercarnos a DIOS. En unión con la Iglesia universal, la Iglesia de Jerusalén también invitó a los fieles a dedicar varios días a la oración constante por la PAZ. Expresamos nuestra profunda

gratitud por la unidad demostrada por la Iglesia y nuestra gran admiración por las comunidades religiosas que se han apoyado mutuamente en estos tiempos difíciles. Tras el largo conflicto entre Israel y Gaza, al comenzar a recuperar cierta normalidad, observamos que la vida de los habitantes de Tierra Santa se había transformado radicalmente: tensión psicológica, ansiedad colectiva, crisis económica, rostros estresados y una paralización generalizada de los servicios. Esta situación llevó a muchas personas a acudir a nosotros pidiendo ayuda, apoyo y caridad. Basándome en estas experiencias, puedo afirmar con firmeza que TODOS DESEAN ARDIENTEMENTE LA PAZ. ■

Artesanos de paz, unidos y solidarios

Novicios del Noviciado Interregional “San José”,
HH. Salomon René, Francis Boris, Stephen Worachok, Hitler,
Kouakou Marcel Xavier, Peter Khoát”
Belén

“Bienaventurados los constructores de paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”. (Mateo 5:9)

Este versículo de las Bienaventuranzas nos revela que la paz es mucho más

que la ausencia de conflicto: es una vocación activa. No se trata simplemente de evitar la guerra, sino de convertirse, mediante la entrega de la propia vida, en un instrumento de reconciliación, in-

Ese pensamiento me atormentaba.

Durante mis vacaciones, reflexioné sobre ello y decidí someterme a un diseño de sonrisa, en el dentista. Sinceramente, quería traer paz a la tierra. No había comprendido que una sonrisa debe nacer del corazón y ser fruto del amor. Parecería que no toda sonrisa hermosa proviene del amor y del corazón. Solo cuando regresé de mis vacaciones comprendí que seguir el ejemplo de San Miguel Garicoits era realmente efectivo. La cálida bienvenida que recibí de los padres, hermanos y las personas de los lugares de mi ministerio me hizo reflexionar una vez más sobre Juan 14:11.

Esta experiencia también me inspiró

para tener el valor de seguir los pasos de San Miguel Garicoits, siguiendo a nuestro Señor Jesucristo. También descubrí, a través de mi propia experiencia, qué extraña es la manera de funcionar del cerebro humano: “Parece que no queda nada en el lado derecho, y nada está bien en el lado izquierdo”. Al final: no entendemos qué es lo bueno y qué es lo malo; perseguimos la belleza exterior, el dinero y el poder. Pero nos olvidamos de que estamos llamados a sonreír y a traer la paz.

Sonríe: estás llevando paz a la tierra, pero que sea una sonrisa sincera, no artificial. Jesús está con nosotros y obra a través de nosotros. Sonriamos y dejemos que Jesús sonría en los demás. ■



nuestras discrepancias nos ayudarán a avanzar. Esta carta, número 368, concluye indicando que la humildad permite a cada persona progresar, incluso

«a la luz de los problemas que observa en la Comunidad», tanto a nivel local como global. ■

Sonríe: estás llevando paz a la tierra

P. Jacob Biso Puliampally scj,
Nazaret

“La paz comienza con una sonrisa”: esta es una de las frases más poderosas de la Santa Madre Teresa de Calcuta. Me pregunté qué la impulsó a decirlo y si era realmente cierto. No tengo una respuesta inmediata. Simplemente citaría el Evangelio de Juan (14:11): “Créanme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; por lo menos, créanlo por las obras mismas”.

El énfasis está precisamente en las obras. Las obras de Jesús fueron obras de misericordia, amor y paz. Los resultados fueron milagros de sanación, felicidad que trajo a la vida de otros e incluso la resurrección de entre los muertos.

Todo sucedió de la misma manera en la vida de la Santa Madre Teresa. Exactamente lo mismo sucedió en la vida de San Miguel Garicoits.

Imaginé la sonrisa en su rostro mientras levantaba a algún transeunte por los fríos caminos. Imaginé la felicidad

y la paz en los rostros de quienes recibieron su ayuda. Imaginé la sonrisa de San Miguel Garicoits cuando se mostraba amable y cariñoso con los niños. También puedo imaginar el futuro y la esperanza de vida que iluminaba sus rostros. Imaginé su sonrisa cuando bromeaba con el Hermano Atanasio y lo ayudaba a superar el miedo y la enfermedad. Fue un verdadero padre para él. Puedo imaginar el rayo de esperanza en el rostro del Hermano Atanasio. San Miguel Garicoits demostró, con el ejemplo de su vida, cómo ser un constructor de paz con una sonrisa en el rostro.

Todo esto me inspiró e intenté imitar a San Miguel Garicoits en mis misiones. Llegué a Tierra Santa con la misma actitud. Comencé a sonreír a todos en tiempos de guerra e incertidumbre. Fue un choque darme cuenta de que mi sonrisa no traía serenidad ni alegría. Al contrario, me parecía que mi sonrisa causaba incomodidad y molestaba a los demás.



cluso en los contextos más desgarrados por la violencia.

Ahora, en este año en que estamos llamados a ser pacificadores, unidos y solidarios, nuestra experiencia de formación en Belén otorga a este tema una profundidad única. En efecto, situados en el corazón de una región marcada por tensiones persistentes —la guerra en Israel, Gaza y Líbano, y las amenazas que emanan de Irán— vivimos a diario un mundo donde la paz parece frágil y a la vez ardientemente anhelada. En tal contexto, la reflexión sobre la paz no puede permanecer abstracta:

se convierte en un imperativo existencial y espiritual.

En primer lugar, nuestra vida cotidiana está marcada por la angustia, la inseguridad y el sufrimiento de las personas. Sin embargo, incluso en medio de esta prueba, descubrimos que Dios sigue actuando silenciosamente. Lejos de replegarnos en nosotros mismos, elegimos vivir la fraternidad de manera concreta. Por consiguiente, nos apoyamos mutuamente en la oración, el servicio y la esperanza, para que nuestra presencia se convierta en un signo discreto pero real de paz para quienes

sufren las consecuencias del conflicto.

Además, en este mes dedicado a San Miguel Garicoïts, su carisma nos brinda una luz particular para nuestro camino. En efecto, su espiritualidad se fundamenta en la total apertura a la voluntad de Dios. Como atestiguan estas palabras: «¡Aquí estoy, sin demora, sin reservas, sin vuelta atrás, por amor a la voluntad de mi Dios!» (DS 46). Este pensamiento ilustra la disposición interior que caracteriza al verdadero pacificador: la sumisión total e incondicional a Dios. En efecto, la paz solo puede nacer en un corazón profundamente abierto a Dios y a los hermanos. Esta actitud se convierte así para nosotros en un camino concreto de fidelidad.

Además, la experiencia concreta de nuestra presencia en Belén ilustra vívidamente la tensión entre conflicto y esperanza. En este sentido, la entrada del Patriarca Latino de Jerusalén a la Catedral de Santa Catalina el 24 de diciembre de 2025 sigue siendo particularmente reveladora. Reunidos con muchos jóvenes en un ambiente fraterno, nos impactó una pregunta que ponía de manifiesto las profundas divisiones que existen en esta tierra: «¿Tú amas a Palestina o a Israel?». Ante esta disyuntiva, que parecía imponer una elección excluyente, respondimos: «Queremos la paz entre Palestina e Is-

rael». La reacción de nuestro interlocutor —una mirada llena de esperanza y las sencillas palabras: “Espero que Dios nos la conceda algún día”— nos conmovió profundamente. Expresa, más allá de las afiliaciones, un anhelo universal de paz que resuena con el deseo más profundo del corazón humano. Nos enseña que la verdadera paz comienza en el corazón, con el dominio propio, el perdón y el amor al prójimo. En consecuencia, cada pequeño acto de caridad se convierte en una victoria sobre la violencia: acoger sin juzgar, escuchar atentamente y orar por todos sin distinción se convierten en victorias sobre la violencia.

Además, la paz cristiana no puede entenderse sin hacer referencia al Misterio Pascual. Cristo, de hecho, no estableció la paz eliminando el sufrimiento, sino experimentándolo y transformándolo mediante el amor. La Cruz se convierte para nosotros en la victoria del amor sobre el odio. Desde esta perspectiva, ser pacificador implica aceptar una forma de abnegación, obediencia amorosa y entrega. Como también expresó san Miguel Garicoïts: *“Nuestro Señor obedeció, pero voluntariamente; dio su vida, pero libremente. Nadie podía quitársela contra su voluntad; él la toma y la recupera libremente. ¡Qué obediencia voluntaria, incluso hasta la*



al Corazón de Jesús. La comunión entre hermanos por el bien de la misión es indispensable, todos lo sabemos; pero es un camino que se recorre cada día. El respeto por los demás, la acogida a nuestros hermanos para comprender las motivaciones que expresan —motivaciones que a veces tendemos a caricaturizar— no pueden existir sin la humildad que proviene del Corazón de Jesús. Esta vigilancia, dada por la oración, nos permite, como comunidad, examinar nuestras propias intenciones, que son buenas pero requieren paciencia para llevarlas a la práctica. Un enfoque sensible y atento nos permite considerar los pasos necesarios para avanzar en nuestra vida consagrada. Dentro de una comunidad, existe el riesgo de desanimar iniciativas basa-

das en la idea de «lo intentamos y no funcionó». Este derrotismo socava la fidelidad a nuestra vocación, que tiene su origen en el Corazón de Jesús.

Se requiere una conversión personal continua, con la convicción de que nuestros esfuerzos necesarios pueden ser infructuosos sin esta confianza en el Corazón de Jesús, del cual nuestro Fundador es un ejemplo. Si, como comunidad, podemos redescubrir este origen divino, nuestras diferencias humanas se convertirán en un enriquecimiento para todos. Así, mi orgullo, que me lleva a creer que los demás deben adherirse a mi punto de vista, disminuirá en comunión con el «Corazón tierno y humilde de Jesús», permitiéndome reconocer el valor de mi hermano; e incluso

Oración por la Paz

P. Laurent Bache scj
Comunidad de Saint-Palais

“Dios mío, no mires mis pecados, sino la Congregación que concibió y formó tu Sagrado Corazón. Dignate concederle tu paz, esa única paz que según tu voluntad, puede pacificarla y unir estrechamente a todos los que la componen, entre sí, con sus Superiores y con tu Divino Corazón, para que sean uno como tú eres uno, con tu Padre y el Espíritu Santo. AMEN. FIAT. Hágase.”

Esta oración fue compuesta por San Miguel Garicoïts y publicada en la carta circular dirigida a todas las comunidades el 24 de abril de 1862, un año antes de su muerte. Nuestro Fundador se enfrentó a divisiones dentro de la congregación, pero depositó su confianza en Jesús. Era plenamente consciente de ser solo un instrumento del Sagrado Corazón, que “concibió y formó” la familia religiosa; conocía sus propias limitaciones y pecados. No todos compartían el mismo ideal en esta nueva compañía. Algunos se identifican plenamente con la visión carismática del Fundador y aceptan sin dificultad las exigencias del Evangelio. Otros se contentaban con participar en la labor pastoral en escuelas y misiones populares; sentían que la vida comuni-

taria obstaculizaba su celo apostólico. Estos últimos podían acudir al obispo Lacroix, quien no compartía las exigencias de los votos religiosos como quería el padre Garicoïts; una sociedad sacerdotal al servicio del obispo y la diócesis era suficiente. Además, la adhesión de los sacerdotes de la Sociedad de la Santa Cruz de Oloron aún no era completa, salvo en el caso del P. Etchécopar.

La feliz partida para América privó a la incipiente sociedad de algunos miembros valiosos. Asimismo, este grupo también le causaba cierta preocupación por la excesiva generosidad a la que se sentían llamados algunos de sus miembros. En su carta de septiembre de 1858, carta 163, expresó su decepción: «Creemos que perdemos el tiempo cuando las cosas no salen como esperamos; sobre todo, no sabemos comprender, apreciar y aceptar de todo corazón la oscuridad, la esterilidad, los fracasos a los que nos vemos reducidos por la obediencia. Este es el maná, lamentablemente aún oculto para muchos». Esta paz interior y comunitaria es una necesidad que nos indica nuestra experiencia, una construcción que requiere un recurso constante

muerte, y muerte en la cruz!” (DS 200). Por lo tanto, en un contexto de guerra, esto significa superar los propios miedos y el ego para ponerse a disposición de la voluntad de Dios y, así, convertirse en un instrumento de paz. Esta entrega total de uno mismo permite responder no con violencia, sino con una caridad que trae paz.

Finalmente, nuestro testimonio en Tierra Santa demuestra que, incluso en tiempos de guerra, la unidad y la solidaridad siguen siendo posibles. Es en esta realidad donde se cumple nuestra vocación como constructores de paz: permanecer unidos a pesar de todo, en el amor a Dios y al prójimo, y transmitir esta unidad a quienes encontramos en nuestro camino. A través de esta situación, nosotros, los novicios, tomamos conciencia de que la paz es

una labor diaria, un camino de entrega a la voluntad divina, un compromiso total de amar al prójimo. Nuestra presencia en Tierra Santa se convierte entonces en un acto de fe, esperanza y caridad, que encarna la convicción de que la paz siempre es posible, incluso en medio de la violencia, cuando nos entregamos por completo a Dios y a los demás, unidos en la caridad.

En esta fiesta de San Miguel Garicoïts, nosotros, los novicios de Tierra Santa, les deseamos una fiesta santa y gozosa. Que su «Aquí estoy» inspire sus vidas y que el Señor, por su intercesión, los convierta en instrumentos de paz. Que la oración por la paz, en amor y solidaridad, sea nuestra herencia común. ■

Huida a Egipto

P. Austin Hughes scj
Comunidad de Olton

Todo sucedió de repente. Un sábado de mañana, justo cuando estaba a punto de partir de Belén —donde el P. Stervin y los novicios me habían recibido tan bien— para tomar un

vuelo a Londres, el padre Stervin me informó del estallido de la guerra con Irán y el consiguiente cierre del aeropuerto. Los miembros del Consejo de Congregación, que habían

partido el día anterior, ya habían llegado a su destino. ¿Será que les avisaron con antelación...?

Aquel fin de semana caótico, me costó encontrar noticias fiables. ¿Se estaba gestando realmente una guerra total en Oriente Medio? ¿Estaban a salvo nuestros hermanos? ¿Invadiría Trump Egipto? Y, a nivel personal: ¿cómo haría para volver a Inglaterra? ¿Estaría por fin abierto el aeropuerto? ¿Seguirían abiertas las fronteras con Jordania o Egipto?

Así que, el lunes, fui a Jerusalén en busca de información. El ambiente en la ciudad era normal y tenso a la vez: los mercados estaban abarrotados como siempre, pero los tranvías estaban parados. Se podían ver estelas de cohetes en el cielo y oír fuertes explosiones, y en la tierra reinaba el pánico. Las sirenas anti-aéreas sonaban intermitentemente, sin que nadie pareciera reaccionar. Todas las oficinas de información estaban cerradas.

Tras enterarme de que aún salían autobuses hacia Eilat, decidí intentar esa ruta en los días siguientes. El padre Stervin había descubierto que la frontera de Taba con Egipto estaba abierta y que el paso de Eilat al Sinaí aún parecía factible. El

hecho de que había viajado ya por esa ruta en el año 2000 con Pierre Villelongue, entonces estudiante en Betharram, me infundió cierta confianza. Para mi sorpresa, conseguir un vuelo desde Sharm el-Sheikh, en el Sinaí, hacia el Reino Unido resultó relativamente sencillo, aunque caro. Así pues, el Sinaí se convirtió en mi destino.

La página web de la compañía de autobuses Egged puso a prueba mi hebreo bíblico de la época universitaria, y el miércoles llegué a la estación sin billete. Un grupo de personas buscaba con nerviosismo el autobús a Eilat: muchos intentaban escapar de la guerra a través de Egipto, otros simplemente se dirigían a sus hogares en los kibutzim alrededor del Mar Muerto o en el Néguev. Por suerte, aún quedaban plazas a bordo.

Paisajes espectaculares a lo largo de toda la ruta: desde Wadi Qelt hasta Jericó, la carretera costera del Mar Muerto hacia el sur, luego lugares famosos como Qumrán, Ein Gedi, Masada, los sitios tradicionalmente asociados con Sodoma y Gomorra, y finalmente el desierto del Néguev. No tenía pensado hacer turismo, pero las vistas eran extraordinarias a lo largo de todo el trayecto: el

en la Civilización del amor. con expresiones militares:

- Levantan bien en alto, para que otros puedan seguirlos, el estandarte del Sagrado Corazón: Aquí estoy, vengo para hacer tu voluntad (DS § 9).
- Se presentan y se entregan, ante Dios y ante los hombres, reconociendo que son insignificantes y sin hacerse notar (DS § 9)
- No se arredran ante las resistencias interiores o exteriores que puedan sentir; al contrario: estudian, piden, emplean y se exigen, sin cálculos, utilizar todos los medios que la Regla pone en sus manos para una tarea tan importante y absolutamente necesaria como es la misión (DS § 9).
- Se dejan impulsar por la ley interior que el Espíritu Santo grava en los corazones y la ley exterior de la obediencia a los superiores (DS § 280).
- Son apasionándonos por una vida sin tacha, llena de pruebas, mereciendo sólo la cruz a causa de la estima y del amor por ella (DS § 12).
- Arriesgan su vida para dar a conocer a Jesucristo a los demás para

que en él encuentren la felicidad (Manifiesto), porque confían en su promesa de la vida eterna.

- Son hombres que no están apegados a nada, desprendidos de todo, ligeros como la paloma y totalmente libres como buenos soldados de Cristo, dispuestos a ir a donde sea y a llevarse todas las victorias (DS § 107).
- Llevan en su cuerpo miles de señales de golpes y de heridas recibidas por amor a su Maestro (DS § 110).
- Así se ejercitaba y luchaba san Pablo, como buen soldado de Cristo, (2 Tim. 2, 3; DS § 110).

La misión de los betharramitas, en cualquier ministerio que se encuentren, con los pies en la tierra y con el fuego del amor en el corazón, colabora en construir la Civilización del amor, no por lo que hacen, sino porque hacen presente a Jesucristo, que es el único que puede hacer nuevas todas las cosas *“Porque en él quiso Dios que residiera toda plenitud. Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz (Col. 1, 19- 20). ■*



sotros, sobre todos sus enemigos.”
(DS § 60)

Esta situación social desastrosa carcome interiormente a San Miguel Garicoits, la llevaba con frecuencia a la oración, y en contacto con la palabra de Dios, provocaba en él este gran deseo:

“¡Qué bueno sería formar una sociedad de sacerdotes que tuvieran por programa el programa mismo del Corazón de Jesús, el Sacerdote Eterno, el servidor del Padre celestial: entrega y obediencia absolutas, sencillez perfecta, dulzura inalterable. Esos sacerdotes, serían un verdadero campamento volante de soldados selectos, dispuestos a ir, a la primera señal de los jefes, a todas las partes a donde fueran llamados, incluso y sobre todo en los ministerios más difíciles y que no quieren los demás (DS § 6).

Como podemos ver en esta última cita, San Miguel Garicoits, Influido por la observación de la realidad y por la terminología de la espiritualidad de su compatriota Íñigo de Loyola, nos describe a esos hombres escogidos y arriesgados para transformar esa sociedad enferma



desierto al oeste y las montañas de Jordania al este.

Al cruzar Taba, vimos una multitud numerosa y diversa que intentaba salir de Israel y entrar en Egipto. Los trámites fronterizos duraron dos horas y media, pero entrar en el Sinaí fue un gran alivio. Los taxistas egipcios recibieron con entusiasmo este inesperado aumento de clientes.

El trayecto en taxi hasta Dahab seguía ofreciendo vistas espectaculares. Dahab, un pueblito donde me alojé con Pierre en el año 2000, fue una parada providencial: dos noches a buen precio, un descanso tranquilo y casi meditativo antes de continuar en otro taxi compartido hacia Sharm el-Sheikh. El aeropuerto estaba abarrotado de gente que

huía de la guerra, y mi vuelo se retrasó varias horas.

Dos mujeres judías cenaron conmigo en la cafetería del aeropuerto. Una de ellas, originaria del norte de Londres, me reconoció como sacerdote a pesar de que no llevaba clerguiman. Trabajaba en una sinagoga reformista en Finchley y comentó que había conocido a muchos sacerdotes católicos, añadiendo que le recordaba a uno de ellos. Pensé que la joven era su hija, pero en realidad se acababan de encontrar en el control de seguridad. La joven era rusa, de Siberia, y viajaba para visitar a unos amigos en Londres.

Cuando por fin despegó nuestro vuelo a Londres, el capitán anunció que la tripulación había agota-

do sus horas de servicio y que, por lo tanto, aterrizaríamos en Albania para el cambio de tripulación. Tras una escala imprevista de treinta minutos en Tirana, llegamos a Luton, Londres, con cinco horas de retraso, cansados pero aliviados de haber salido de una zona de guerra.

Lamentablemente, el encargado del estacionamiento del aeropuerto se mostró completamente indiferente a mi historia de guerra, y no pude evitar la tarifa de estacionamiento de 200 libras. Un pequeño precio a pagar por la seguridad. ■

Con San Miguel Garicoïts construimos la Civilización del amor

P. Gaspar Fernández Pérez scj,
Belén

Cuando leemos con atención los escritos de San Miguel y conseguimos relacionar unas reflexiones con otras, descubrimos en él el realismo del Evangelio. No nos transmite una ideología, sino una experiencia de fe que ilumina las situaciones concretas que le toca vivir. Habla de acontecimientos, instituciones y de personas concretas de la sociedad y de la Iglesia: la crítica que hace a Los diputados de 1852 (DS § 63), el elogio del valiente oficial de Lestelle, presente en el asalto a Sebastopol” (DS § 63, 178), el funcionamiento del ferrocarril, ¡qué precisión en las ordenes, en la obediencia y en todos los movimientos! “¡Entren por aquí, salgan por

allá!...” (DS § 197), el tema de la vuelta de los jesuitas a Pau (DS § 160), la observación de las prácticas militares en la zona de las murallas de Bayona cuando iba a la curia (DS § 9), El trabajo del P. Cestac para transformar la playa en un vergel (DS § 301 y 302), cómo los padres Baillancout y Rossigneux se volvieron columnas de la comunidad betharramita (DS § 302).

San Miguel Garicoïts, como la mayoría de los sacerdotes de su tiempo, consideraba que la Revolución francesa había tenido una influencia negativa sobre la Iglesia y la sociedad. La Revolución vino para quebrantar la paz en la que se vivía, para alterar



el orden que había en la sociedad, para crear enfrentamiento entre las clases sociales. Para romper la unidad, creando divisiones. Como buen observador nos hace la siguiente fotografía de la sociedad enferma que vive y nos dice qué habría que hacer para curarla:

“Si ya no hay más en la tierra ni caracteres, ni familia, ni patria, hay que echar la culpa a la Revolución que sustituye el reino de Jesucristo por el del hombre... Pero en las familias cristianas, en el clero y hasta en las comunidades religiosas, ¿qué vemos, por desgracia. demasiadas veces? La preocupación del yo, el yo, fin de las cosas y de las mejores cosas. Y, entonces, ¿cómo se rebaja, se degrada todo en sensualismo!

Todo sucumbe y se envilece: la filosofía, la teología, los caracteres y los ministerios más nobles. Sólo nos vemos a nosotros mismos, pensamos en nosotros mismos, y de ahí todas esas preocupaciones terrestres en que se pierde la gente del mundo. ¡Qué pérdida de tiempo! ¡Qué monstruosidad y que escándalo también! Ponemos al hombre en vez de Dios; nos materializamos, nos humanizamos en vez de divinizamos, en vez de ser unos para otros imágenes de nuestro Señor Jesucristo que refiere todo al Padre, para que, viéndonos unos a otros, descubramos a Dios para glorificarlo; “para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre del cielo” (Mt. 5,16)... Queremos sanar al mundo y a nosotros mismos? Hagamos que Dios sea visto en todo. Inmolemos todo a Dios, que reina en no-